

Oligarquía, aristocracia y nación. La Argentina de los años treinta según Marcelo T. de Alvear

Leandro Losada¹

Artículo recibido: 4 de mayo de 2015
Aprobación final: 23 de noviembre de 2015

El 6 de septiembre de 1930 fue derrocado Hipólito Yrigoyen. Había sido electo Presidente de la Nación dos años antes, en 1928. Con este episodio se cerró en la historia argentina un ciclo abierto en 1916 con el propio Yrigoyen: el de los primeros gobiernos surgidos del sufragio secreto, obligatorio y universal, establecido en 1912 por la Ley Sáenz Peña. La crisis y la distorsión institucional signaron los quince años posteriores a 1930. La dictadura de José Félix Uriburu fue sucedida por la presidencia de Agustín Justo y el control del gobierno a través del fraude electoral por la Concordancia, una coalición de heterogénea composición interna (conservadores y sectores desprendidos de la Unión Cívica Radical y del Partido Socialista), experiencia que se clausuraría con el golpe de estado de 1943. De manera ilustrativa, el período fue descrito como “década infame” o “República imposible”.²

Marcelo T. de Alvear había sido presidente de la Nación entre 1922 y 1928. Por ello, su nombre rotuló junto con el de Yrigoyen a las “presidencias radicales”

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Escuela de Política y Gobierno - Universidad Nacional de San Martín. Email: l.losada@conicet.gov.ar.

² Tulio Halperin Donghi, *La República Imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004. La primera expresión fue acuñada por José Luis Torres, publicista nacionalista. Cfr. Luciano de Privitellio e Ignacio López, “Introducción” al Dossier “La década del treinta”, nro. 53, julio 2015, disponible en: <http://historiapolitica.com/dossiers/dossier-la-decada-del-treinta/>

extendidas entre 1916 y 1930. Emergentes inaugurales de las reglas instauradas en 1912, representaron un cambio político considerable al poner fin a treinta y seis años de preponderancia del PAN (Partido Autonomista Nacional) y catapultar al poder a la Unión Cívica Radical (UCR), que había sido el principal partido de oposición desde su nacimiento en 1891. La gestión presidencial de Alvear, en rasgos generales, estuvo signada por la paz social y la bonanza económica, pero también por una tirante situación política, en especial en el interior de la UCR, a raíz de la fractura entre personalismo y antipersonalismo ocurrida en 1924. Su oscilante posición en ese conflicto suscitado entre adherentes y opositores a la figura de Yrigoyen, le trajo costos importantes, a punto tal que culminado su gobierno se alejó de la política y del país. El derrocamiento de Yrigoyen en 1930 fue el acontecimiento que lo devolvió a la vida pública y a la Argentina, a partir del cual reunificó el partido, alcanzó su conducción con la bendición del mismo Yrigoyen, y fue candidato presidencial en las elecciones de 1937. Tuvo así un protagonismo destacado en las zigzagueantes circunstancias que recorrieron a la vida pública del país en la década de 1930, la última de su vida, por lo demás, pues falleció en 1942.

De todos modos, la figura de Alvear no ha merecido demasiada atención en la historiografía. Otros actores, objetos o problemas del período han concitado mayor interés. Yrigoyen y el personalismo; las dinámicas y las tendencias internas de la UCR, en las que Alvear tuvo un lugar esquivo o coyuntural, nunca permanente o central, como el antipersonalismo, o en las que directamente no participó, por ejemplo la intransigencia de los años treinta, que en realidad lo enfrentó; Agustín Justo y la Concordancia; el Ejército; el nacionalismo; el catolicismo; las izquierdas y el antifascismo, son temas y personajes que han recibido más atención que Alvear de parte de los historiadores. A tal punto es así que, al margen de la biografía firmada por Félix Luna³, y exceptuando distintos textos de semblanzas personales, muchos de ellos de homenaje o hagiográficos, sólo se cuenta con un estudio biográfico de Alvear.⁴

Este artículo propone acercarse al Alvear de los años treinta desde un ángulo particular: la exploración de uno de los prismas más persistentes desde los que encuadró y entendió la política argentina de la época. El mismo fue que el país estaba atravesado

³ Félix Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 (primera edición, 1958).

⁴ Alejandro Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear. El compromiso y la distancia. Los nombres del poder*, Buenos Aires, FCE, 1997.

por el conflicto entre una oligarquía y la nación. Debe decirse de forma inmediata que éste no fue un diagnóstico original o propio de Alvear, sino característico de ese entonces, presente a izquierda y derecha del arco político e intelectual.⁵ Es más, posiblemente esa fue una de las razones por la que se lo encuentra en Alvear.

Sin embargo, el hecho de que no sea un rasgo singular no hace menos relevante su indagación. Por un lado, porque permite situar a Alvear en su contexto, pensarlo como un fruto de su tiempo. En segundo lugar, porque ese tópico extendido sí tuvo modulaciones singulares en el entonces líder del radicalismo. Indagar esas particularidades es importante en sí mismo. Pero también lo es porque hubo aspectos específicos, más allá del “clima de época”, que permiten entender por qué Alvear acudió a él con frecuencia.

El primero, es que la concepción de una oligarquía enfrentada a la nación formaba parte de las tradiciones políticas del radicalismo. Este punto es fundamental, debido a que Alvear necesitó legitimarse y a la vez diferenciarse de Yrigoyen al asumir el liderazgo partidario. Merece resaltarse: no era una tarea sencilla. Yrigoyen había llevado a la UCR al poder en 1916; había edificado al partido en una fuerza electoral imbatible; y se había convertido en un líder popular a pesar de sus escasas apariciones públicas, una estatura luego magnificada por el forzoso final impuesto a su segundo gobierno, y por su muerte poco después, en 1933. Para Alvear, pensar la política y la sociedad como un conflicto de oligarquía versus nación fue una manera de calificar al principal adversario (la Concordancia), y de procurar que algunas de sus decisiones más cruciales y polémicas como presidente radical, sobre todo el retorno a la participación electoral en 1935 luego de la abstención decidida en 1931, coincidieran o estuvieran en sintonía con la historia de la UCR.

El segundo factor, entrelazado con el primero, pero que conviene distinguir analíticamente, fue una evaluación personal del escenario abierto en 1930, en la política en general, pero más en particular en el universo de las elites políticas y sociales, del que Alvear fue un miembro conspicuo. Baste recordar al respecto que era nieto de

⁵ Cfr. Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Tulio Halperin Donghi, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, pp. 107-126; Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires-Madrid, Alianza, 2003.

Carlos María de Alvear, figura protagónica de las guerras de independencia, e hijo de Torcuato de Alvear, primer intendente de la ciudad de Buenos Aires en la década de 1880. El rótulo “oligarquía” fue una manera de nombrar un adversario político, pero también un modo de calificar a una parte del alto mundo social. A juicio de Alvear, pasó de componer una aristocracia a mutar en una oligarquía, al desviarse del papel histórico que debería haber cumplido.

El artículo explora ambos aspectos en sendos apartados. En las conclusiones se condensa cuáles fueron las marcas particulares que Alvear dio a la confrontación oligarquía/nación. El argumento central es que las mismas se cimentaron en las referencias e identificaciones políticas de Alvear y, a la vez, en un diagnóstico íntimo de la elite social argentina, a la que pertenecía por antecedentes familiares y credenciales propias. En Alvear, la oligarquía fue un tópico edificado en la conjugación de inquietudes públicas, necesidades políticas, desencantos privados y defraudaciones personales.

En el cierre del artículo se plantea, asimismo, que su manera de concebirla disyuntiva entre oligarquía y nación permite inferir cuáles eran los problemas fundamentales que a su juicio atravesaban a la Argentina de entonces. Y, finalmente, se sugieren algunas consideraciones sobre las consecuencias o efectos que este modo de ver la política y la sociedad pudieron haber tenido sobre su carrera pública a lo largo de los años treinta.

Oligarquía contra nación. Consideraciones sobre la política argentina

Es necesario delinear el escenario que rodeó a Alvear al llegar a la conducción partidaria en 1931. El golpe de estado de 1930 implicó una crisis para el radicalismo a raíz del forzado abandono del poder, que en realidad impactó sobre un espacio político ya corroído desde la fractura entre personalismo y antipersonalismo. Hay que tener presente que éste último apoyó el desplazamiento de Yrigoyen. Alvear, por su parte, había sido acusado al promediar su gobierno de apuntalar al antipersonalismo (y por lo tanto de traicionar a quien había dado un aval decisivo a su candidatura a Presidente de la Nación en 1922), mientras que al final de su gestión fue culpado por el antipersonalismo de no impedir el regreso al poder de su antecesor.

Derrocado el viejo líder, sin embargo, el retorno de Alvear al país emergió como la única alternativa de reunificación partidaria. El mejor indicador de ello es que esta posibilidad fue un peligro advertido por los artífices del golpe de estado, José Félix Uriburu, primero, y Agustín Justo, después. La fórmula radical encabezada por Alvear para las elecciones presidenciales de 1931 fue vetada, y el propio Alvear deportado, razón por la cual estuvo fuera del país entre agosto de 1931 y julio de 1932. La Concordancia, el conglomerado de fuerzas que Justo pergeñó para capitalizar el vacío de poder existente luego del fracaso de los planes autoritarios y corporativos de Uriburu, integrada por los grupos conservadores, los socialistas independientes y los antipersonalistas, alejó definitivamente a estos últimos del radicalismo, y a la vez, fue una consecuencia del obstáculo infranqueable que Alvear representó para Justo en su inicial pretensión de ganar a la UCR para su candidatura presidencial.

Junto a las represalias de Uriburu y de Justo, Alvear debió enfrentar resistencias internas, heredadas de sus ambivalentes posiciones en los años veinte alrededor de Yrigoyen así como del consenso que había dado a su derrocamiento en 1930 desde París (allí se había establecido después de dejar el gobierno en 1928). Sospechoso de yrigoyenista para los antipersonalistas y de antiyrigoyenista para los personalistas, Alvear no era confiable para unos ni otros. A ello deben sumarse las diferentes tácticas que atravesaban al radicalismo expulsado del poder. Revolución, abstención, participación electoral, se sucedieron entre 1931 y 1932 como eventuales o efectivos cursos de acción, en un partido carente de estructuras y liderazgos consolidados.

De todos modos, Alvear reorganizó el partido desde su retorno al país en abril de 1931 y ejerció la dirección partidaria. Interrumpida por el obligado exilio de 1931-1932, se puso finalmente al frente del comité nacional a su regreso en julio de ese último año. Logró el respaldo de Yrigoyen, una vez que éste fue liberado en 1932 del confinamiento que se le había impuesto en la isla Martín García desde su destitución, y por cierto poco antes de su fallecimiento, ocurrido al año siguiente. Además, el rigor sufrido por Uriburu y por Justo a raíz de las deportaciones y los encarcelamientos convirtieron a Alvear en un referente partidario consolidado hacia 1932-1933, una vez que la UCR había optado ya por la abstención electoral como modo de plantarse frente al gobierno

de Justo (los comicios que lo habían consagrado en la más alta magistratura, vale recordar, se habían realizado sin fórmula radical).⁶

No obstante, el retorno a las elecciones comenzó a ser un horizonte cada vez más difícil de eludir, frente a los peligros que suponía para la unidad partidaria la estrategia impulsada por Justo de alentar la participación del radicalismo en algunas contiendas electorales. La convención nacional decidió el regreso a los comicios a inicios de 1935. En este nuevo escenario, la figura de Alvear comenzó a ser paulatinamente cuestionada otra vez desde sectores que se llamaban intransigentes, los cuales, minoritarios en principio, apuntaban que el presidente del partido llevaba al radicalismo a legitimar a quienes habían expulsado a la UCR del poder con pocas chances de vencer, debido a que el gobierno utilizaría todos los medios posibles para impedir triunfos radicales. Este señalamiento no se mostró tan certero en un primer momento, pues la UCR obtuvo varias victorias en 1935 y 1936, pero comenzó a adquirir mayor verosimilitud entre ese mismo año y, finalmente, las elecciones presidenciales de 1937, signadas todas ellas por un fraude cada vez más notorio.⁷

Es imprescindible, se decía al comienzo, tener todas estas coordenadas presentes para entender los énfasis y el desempeño público de Alvear en la primera mitad de los años treinta. Éste tuvo varias facetas: un activo proselitismo a una edad por cierto avanzada (nacido en 1868, tenía sesenta y dos años en 1930); una oratoria renovada, insospechada hasta entonces; un involucramiento personal en diferentes campañas electorales a partir de 1935, provinciales y nacionales; las alusiones aun inquebrantable compromiso con el partido y a su larga e incluso fundacional trayectoria (Alvear había sido uno de los impulsores del mitin del Jardín Florida y de la formación de la Unión Cívica de la Juventud en 1889); el enaltecimiento de figuras señeras como Leandro Alem, o la ponderación de Yrigoyen, la cual, valiéndose de la postrera reconciliación,

⁶ Luego de la deportación dispuesta por Uriburu en julio de 1931, Alvear fue encarcelado por orden de Justo entre diciembre de 1932 y abril de 1933, y entre diciembre de 1933 y enero de 1934, cuando abandonó nuevamente el país hasta octubre de ese año.

⁷ Cfr. Alejandro Cattaruzza, *Alvear*, pp. 39-56; Félix Luna, *Alvear*, op.cit., pp. 68-80, 95-167; Ana Virginia Persello, *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 131-159 y 175-183; Ana Virginia Persello, *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 93-106; David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001. Una reconstrucción de conjunto de toda esta coyuntura en: Halperin Donghi, *La República Imposible*, pp. 25-123, 164-208; Luciano de Privitellio, "La política bajo el signo de la crisis", en Alejandro Cattaruzza (director), *Nueva Historia Argentina. Tomo VII: Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 97-142; Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; Elena Piñeiro, *Creyentes, herejes y arribistas. El radicalismo en la encrucijada, 1924-1943*, Rosario, Prohistoria, 2014.

procuraba dejar atrás un pasado recorrido por contrapuntos, y revelaba las dificultades de definirse como jefe partidario de espaldas al legado del viejo caudillo, acrecentado seguramente tras su muerte (Alvear llegó a calificarlo como “genio democrático”)⁸; y, lo que más interesa aquí, una apelación a la tradición y a la historia del partido para legitimar sus decisiones. La intransigencia, y la lucha de la nación contra la oligarquía, fueron los tópicos más transitados. Pero, a la vez, reformulados.

Por ejemplo, Alvear afirmó en varias oportunidades que la concurrencia electoral se conciliaba con la verdadera tradición de intransigencia del partido: una intransigencia republicana y no revolucionaria.⁹ La intransigencia de la UCR consistía en una defensa innegociable de la Constitución y sus instituciones. Para tal objetivo, no había un único camino. Podía ser la revolución, cuidadosamente distinguida, de todos modos, de otros episodios que se habían denominado así pero que habían tenido objetivos diferentes a las revoluciones radicales. Para esta argumentación, fue clave la relectura del 6 de septiembre. Ya no se entendía como una desperdiciada oportunidad para la regeneración política del país, como el propio Alvear había sostenido en 1930. En una entrevista ofrecida en París en septiembre de ese año había declarado su expectativa de que la “revolución” integrara “rápidamente a la República al ejercicio normal de sus instituciones y que la soberanía nacional sea consultada de inmediato para que este acontecimiento constituya sólo un breve paréntesis en la marcha ascendente de la Nación”.¹⁰

Ahora, en cambio, los episodios de 1930 habían constituido “El golpe audaz del 6 de septiembre, que derrocó un gobierno constitucional y sacó a la República del carril

⁸ “Discurso pronunciado en Córdoba el 20 de octubre de 1935”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia*, Buenos Aires, Gleizer, 1936, p. 138. Otro ejemplo: “Discurso en Plaza Mitre (Tucumán). 10 de octubre de 1938”, en Marcelo T. de Alvear, *¡Argentinos! Acción cívica*, Buenos Aires, Gleizer, 1940, pp. 36-37. Cfr. Alejandro Cattaruzza, *Alvear*, pp. 56-73. También pueden verse las semblanzas del Alvear de estos años trazadas por Mariano de Apellániz, *Callao 1730 y su época*, Buenos Aires, 1978, pp. 122-140; Manuel Goldstraj, *Años y errores. Un cuarto de siglo de política argentina*, Buenos Aires, Editorial Sophos, 1957, pp. 171-187.

⁹ La orientación revolucionaria del radicalismo fue argumentada, por ejemplo, por Ricardo Rojas en su *Vocación revolucionaria del radicalismo*, de 1934. También fue un emblema de Forja, que apareció en 1935. Cfr. Ana Virginia Persello, *Historia del radicalismo...*, op. cit., pp. 121-131; Sebastián R. Giménez, “FORJA revisitada. La Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina y su programa político e intelectual (1935-1945)”, *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 2013, pp. 97-119.

¹⁰ *Crítica*, Buenos Aires, 9 de junio de 1930, nota reproducida en Natalio R. Botana, Ezequiel L. Gallo y Eva B. Fernández (eds.), *Serie Archivo Alvear. Tomo 1: La crisis de 1930*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1997, p. 277.

de la normalidad y de las instituciones”.¹¹ La referencialidad entre la revolución de 1890 y la de 1930, tan transitada cuando ésta ocurrió, desapareció.¹² Aquélla, o las de 1893 o la de 1905, nada tenían que ver con la aventura uriburista. El radicalismo: “No ha propiciado nunca motines accidentales para llegar a las altas posiciones públicas. No como el 6 de septiembre. Ha hecho revoluciones, sí; pero con un alto concepto de patria, de instituciones y de ley”.¹³

La participación electoral era, entonces, otro medio, distinto al revolucionario, pero igualmente legítimo, para llevar adelante la bandera histórica de intransigencia republicana. La abstención, por el contrario, siempre había sido una decisión urgida por las circunstancias, nunca deliberadamente implementada. Yrigoyen no había vacilado “en acudir a los gobiernos del régimen en procura de garantías y libertad electorales”, y esa “sabia actitud” había “dado lugar, concurriendo a los comicios, al gran triunfo de 1916”.¹⁴ De igual manera, los “fundadores y propulsores” de la UCR “aún en épocas nefastas en que las circunstancias impusieron la protesta armada, sustentaron la concurrencia de los comicios como un deber ineludible, destinado a influir poderosamente en el afianzamiento de las instituciones y en el bienestar de la República”.¹⁵ Paralelamente, la concurrencia electoral no era una claudicación, tal como denunciaba la oposición interna, por el adversario que se enfrentaba. Fue en este sentido que Alvear apeló al tópico oligárquico.

La alusión a una restauración oligárquica ya había aparecido, al menos en la intimidad o en su correspondencia privada, en la coyuntura de septiembre de 1930, en tiempos de Uriburu, en simultáneo al rápido desencanto de Alvear con la dirección que habían tomado los acontecimientos. A modo de ejemplo, así se advierte cuando,

¹¹ “Banquete en honor del Doctor Alvear - La Rioja. Junio 16 de 1937”, en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática. Discursos pronunciados en la campaña de propaganda para la renovación presidencial*, Buenos Aires, Editorial Cultura, 1937, p. 90.

¹² En los meses circundantes a septiembre de 1930 hay varios testimonios al respecto en la correspondencia de Alvear, como cuando se le informaba que “a gritos se habla contra el gobierno, parecen los preliminares del noventa”. Publio Massini a Marcelo T. de Alvear, Buenos Aires, 25 de julio de 1930, *Serie Archivo Alvear. Tomo 1*, pp. 68-71.

¹³ “Proclamación en Santiago del Estero. Junio 26 de 1937”, en Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., p. 156.

¹⁴ “Discurso al discutirse en el comité nacional el pedido de intervención a Buenos Aires”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 198.

¹⁵ “Mensaje de solidaridad del comité nacional al radicalismo bonaerense”, *ibidem*, pp. 199-205. El contexto de estas alocuciones era especialmente sensible: el triunfo electoral del conservador Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, en noviembre de 1935.

fracasados los proyectos autoritarios, el rumbo había girado hacia un reposicionamiento del partido conservador en el cambio del año 1930 a 1931:

“El Partido Conservador [...] es [...] una fuerza política completamente descreída y sin ninguna fe en la misma opinión que tratan de conquistar. Por otra parte, ha perdido el prestigio de los hombres de estado superiores que tuvo a su frente en otras épocas y que no ha reemplazado, pero conserva las mañas y los malos procedimientos electorales que siempre lo caracterizó”. En consecuencia: “Esta situación nos coloca, al través de 40 años, en el mismo estado de cosas y frente al mismo adversario que combatimos al iniciarnos en la vida cívica”.¹⁶

La idea de una restauración oligárquica, sin embargo, finalmente se afirmó para retratar el estado de cosas consolidado con Justo. No es demasiado sorprendente, en tanto que fue durante ese gobierno que el partido volvió a la actividad pública y a la liza electoral con Alvear al frente del comité nacional. Semejantes juicios, por ello mismo, se reiteraron a lo largo de la campaña presidencial de 1937: “El Radicalismo está luchando en el país contra las viejas oligarquías; oligarquías anacrónicas, restos de otra época”.¹⁷

La Concordancia era una oligarquía enfrentada a la nación, que la UCR expresaba. Esta última tesitura se desplegó apelando indistintamente a las categorías de pueblo y de nación, o quizá de manera más precisa, planteando la noción de pueblo como sinónimo o equivalente de la idea de nación, entendiendo por esta última el sujeto soberano de la sociedad política argentina, cuya expresión concreta era la Constitución: “La Unión Cívica Radical [...] brega y desea que el gran pueblo argentino, obrero incansable de su propia grandeza, pueda recuperar todos sus derechos y el legítimo ejercicio de su soberanía”¹⁸; el pueblo era “la fuente auténtica de la soberanía”.¹⁹ En el fragor de la campaña electoral de 1937 esos énfasis adquirieron connotaciones

¹⁶ Marcelo T. de Alvear a Fernando Saguier, París, 2 de marzo de 1931, *Serie Archivo Alvear. Tomo I*, pp. 234-236. Tal como le escribiera un corresponsal por entonces: “parecería que el propósito fuera dividir a todos hasta que mueran los partidos y después hacer que resurja de sus propias cenizas, como el Fénix, el Partido Autonomista Nacional que llevó por dos veces al Poder al Gral. Julio A. Roca”. Publio Massini a Marcelo T. de Alvear, Buenos Aires, 5 de febrero de 1931, *ibidem*, pp. 216-217.

¹⁷ “Proclamación en Santa Rosa (La Pampa). Agosto 17 de 1937”, en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., p. 368.

¹⁸ “Discurso pronunciado ante la Convención Nacional de la UCR, el 27 de diciembre de 1933”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 116.

¹⁹ “Discurso pronunciado en Santiago del Estero, el 15 de septiembre de 1935”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 123.

singulares, como cuando llegó a decir que: "El Partido Radical es, más que un partido político, una mística emoción del pueblo argentino en esta hora".²⁰

Alvear procuró delinear, entonces, un retrato dirigido hacia afuera y hacia adentro del partido. Por un lado, pretendía atenuar la impronta revolucionaria y despejar los fantasmas de la última presidencia de Yrigoyen, presentando al radicalismo como un actor confiable, garantía del retorno a un orden institucional que el gobierno había corrompido, pero que, confrontando con el oficialismo, no pondría en peligro los logros que éste había alcanzado (en especial en materia económica).²¹ A la vez, estigmatizaba al gobierno de Justo desde modulaciones que no eran nada extrañas al radicalismo y más aún, al yrigoyenismo.²²

La tarea a emprender era una reparación republicana y ésta era una reparación nacional. Había sido la Nación Argentina, la que, a través de la Constitución, se había dado la república. La República era la Nación, y la UCR, su expresión política. La lucha a través de las elecciones era intransigente por sus demandas de reparación republicana. Pero también porque era una confrontación innegociable, de suma cero, a todo o nada, contra un adversario antinacional. Participar de los comicios no significaba reconocer la legitimidad del rival, retratado a tal fin como una oligarquía.

El uso de este conocido repertorio, sin embargo, no replicó exactamente los significados que había tenido en el pasado, pues contuvo relecturas de la historia. En primer lugar, de la más reciente. Como se vio más arriba, la restauración oligárquica pasó a tener su momento inaugural en 1932 y ya no necesariamente en 1930.

En segundo lugar, Alvear agregó dos acentos importantes al retrato del gobierno de su ex ministro de Guerra. Por un lado, fue más allá de la tesitura que había recorrido al radicalismo en 1932, según la cual Justo era la continuidad y no el final de septiembre de 1930 (como Justo había procurado presentarse). Alvear planteó que, en realidad, Justo representaba algo aún peor que Uriburu. Quizás podría advertirse aquí la

²⁰ "Acto de proclamación en Junín. Agosto 9 de 1937", en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática*, op. cit., p. 329.

²¹ Sobre este punto cfr. Tulio Halperin Donghi, *La República imposible...*, op. cit., p. 198.

²² Cfr. Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 193-205; Gerardo Aboy Carlés, "El radicalismo yrigoyenista y el proceso de nacionalización del espacio político. Una interpretación a través de los usos del concepto de hegemonía", *Identidades*, 2012, pp. 1-17; Marcelo Padoán (selección de textos y estudio preliminar), *Jesús, el Templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

supervivencia de su diagnóstico original sobre el 6 de septiembre, como una oportunidad para la regeneración política argentina luego naufragada, reeditado ahora para subrayar la degradación que representaba la Concordancia. Puede que también subyaciera el mayor afecto personal que, en última instancia, Alvear tuvo por Uriburu. Además, desde ya, de la confrontación política que tenía para entonces con Justo y de la atenuación de los rencores que pudo motivar la muerte del primero (había fallecido en 1932). Pero lo cierto, entonces, es que lo iniciado en 1932 era el punto más bajo de la historia argentina:

yo, que fui una de sus víctimas y su enemigo declarado, estoy seguro que si el General Uriburu viviera, diría: no; la revolución del 6 de septiembre no la hice para que estos presuntos herederos míos vengan a implantar un sistema de burla a la Ley, al pueblo y a la Constitución que han jurado respetar.²³

El segundo acento, relacionado con el anterior, fue el siguiente: la Concordancia y Justo, en lugar de una restauración oligárquica en sentido estricto, eran una versión más corrompida de las oligarquías del pasado. Éstas: "Tenían hombres eminentes que dieron leyes eficaces al país, que hicieron obra útil, no como las oligarquías actuales que quieren sustituir la voluntad popular sin títulos para hacerlo".²⁴ Así, en distintas oportunidades enalteció a algunas de las figuras ejemplares de esas "oligarquías del pasado": Carlos Pellegrini, "ese gran político y hombre de estado argentino"²⁵, y, desde ya, Roque Sáenz Peña, "un gran presidente del régimen".²⁶ Es cierto que ambos habían estado entre los sectores reformistas, o críticos, del PAN y del roquismo. Pero de todos modos eran personajes extraños, cuando no enfrentados, al radicalismo de fin de siglo. Baste recordar el rol de Pellegrini en la represión de las revoluciones de inicios de la década de 1890 (Alvear mismo había sido deportado a Uruguay durante su presidencia), y que Sáenz Peña había estado alineado con Miguel Juárez Celman, contra cuyo gobierno se formó la Unión Cívica.

Este movimiento se hizo extensivo aún más hacia atrás. El elogio de Alem o de Yrigoyen era paralelo al de Bartolomé Mitre (una figura por cierto también incómoda para el radicalismo), Domingo F. Sarmiento o Nicolás Avellaneda: "las enseñanzas

²³ "Proclamación en San Nicolás. Agosto 6 de 1937", en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., p. 306.

²⁴ "Acto de proclamación en Junín. Agosto 9 de 1937", *ibidem*, p. 330. En un mismo sentido: "Banquete en honor del Doctor Alvear. Teatro Municipal. Paraná, julio 14, 1937", *ibidem*, pp. 201-202.

²⁵ "Proclamación en Bragado. Agosto 19 de 1937", *ibidem*, p. 395.

²⁶ "Proclamación en Goya. 21 de Julio de 1937", *ibidem*, pp. 246-247.

morales, las virtudes ciudadanas de que fueron ejemplo, perdurarán eternamente como la Biblia política de la Argentina".²⁷ Al momento de cerrar su discurso de clausura de la campaña presidencial de 1937, Alvear no citó a los líderes del partido, sino al presidente tucumano que había gobernado entre 1874 y 1880.²⁸ Todos ellos habían contribuido a la edificación de la nación cívica y política cuyo baluarte en los años treinta era el radicalismo, y que la Concordancia amenazaba destruir. La UCR no había sido una ruptura sino un eslabón de una cadena más larga, la tradición política argentina, puesta en peligro por Justo y sus secuaces.²⁹

Es cierto que esta forma de postular el papel histórico de la UCR podía empalmarse con su identidad fundacional. No sólo porque para Alvear, como se vio, el combate de la década de 1930 remedara el de 1890 una vez que se anuló toda similitud entre el 6 de septiembre y la Revolución del Parque, y que se afirmara que el espíritu de ésta había sido el de una intransigencia republicana, no la revolución en sí. También porque la revolución, en 1890, se había concebido como una empresa restauradora frente a la ruptura que el PAN había representado.³⁰

En 1890 y en la década de 1930, entonces, la UCR se enfrentaba a gobiernos que habían atentado contra las tradiciones políticas, que eran las que debían preservarse.³¹ Precisamente, como ya se ha planteado, la posibilidad de que las matrices discursivas características del radicalismo pudieran adaptarse al escenario de la década de 1930 y a las decisiones que Alvear tomaba en él, son razones de *realpolitik* fundamentales para entender el uso que Alvear hizo de ellas (sin olvidar, desde ya, pero también yendo más allá, de eventuales convicciones personales).

²⁷ "Proclamación en el Teatro de la Ópera. San Luis. Junio 11 de 1937", *ibidem*, p. 41. También: "Discurso pronunciado en la colocación de la piedra fundamental del monumento a Nicolás Avellaneda, el 5 de septiembre de 1928", en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., pp. 104-107; "Alocución pronunciada al pie del monumento a Sarmiento en la ciudad de San Juan. Junio 14 de 1937", en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., pp. 70-71; "Banquete en homenaje al Dr. Alvear. Tucumán. Junio 19 de 1937", *ibidem*, pp. 117-121; "Reportaje de *La Razón*, 20/6/1939", en Marcelo T. de Alvear, *¡Argentinos!...*, op. cit., p. 192 (donde suma a Rivadavia).

²⁸ "Acto de clausura de la campaña presidencial, en el Luna Park. Capital Federal, 1° de septiembre de 1937", Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., p. 438.

²⁹ "Discurso pronunciado en el mitin del Frente Popular, al pie de la estatua de Roque Sáenz Peña, el 22 de agosto de 1936", Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., pp. 207-216.

³⁰ Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana/ Universidad de San Andrés, 2000.

³¹ Ver el señalamiento de Cattaruzza sobre este punto, en Alejandro Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear...*, op. cit., pp. 72-73.

Sin embargo, había diferencias irreductibles con los tiempos fundacionales de la UCR. En la década de 1930 la oligarquía no sólo había desdibujado una cultura cívica, como lo había denunciado la Unión Cívica contra el PAN en la década de 1880. Además de eso, estaba en juego el entero proyecto político fundacional de la nación argentina. Y a su despliegue y afirmación, entonces, incluso las oligarquías del PAN habían contribuido. Habían hecho "obra útil". Semejante lectura desajustaba, para quien quisiera advertirlo, quizá involuntariamente, como resultado de los inevitables desplazamientos provocados por el paso del tiempo y el cambio de coyuntura, el sentido de las luchas del pasado: los "villanos" de ayer parecían no serlo tanto en el presente. Era un punto de vista que bien podía convertirse en una prueba adicional (junto a las decisiones tácticas) para mostrar el moderado radicalismo del presidente del partido en los años treinta.

Por cierto, debe subrayarse que este tipo de reinterpretaciones no fueron exclusivas ni originales de Alvear; el período fue pródigo en tales ejercicios, y trascendieron diferencias ideológicas y políticas. Sin ir más lejos, en las izquierdas o incluso en sectores internos del radicalismo hubo modulaciones similares a las recién vistas. Sin embargo, en el socialismo, por ejemplo, la revalidación de los años del PAN en última instancia era menos controvertida para su propia historia, pues había tenido en ellos una participación más notoria que el radicalismo (una de las causas de los perdurables recelos entre ambos), además de que algunas de sus figuras, Roca entre ellas, podían encontrar recuperación desde consignas caras al partido, como el laicismo, algo que ocurría también en la democracia progresista. Entre los sectores internos del radicalismo, en cambio, la reivindicación de Mayo o de la organización nacional no eliminó absolutamente la polémica sobre las "oligarquías" del ochenta al Centenario. Y además, como así también en el socialismo o la democracia progresista, la reivindicación de "la tradición política nacional" en general se desplegó frente al peligro de un "fascismo criollo" que no fue un rótulo usual en Alvear al momento de pensar la repercusión local de los sucesos internacionales (más abajo se volverá sobre esto), o como se ha visto en estas líneas, para retratar al mismo oficialismo, incluso en los momentos de confrontación más ríspida.³²

³² Cfr. Alejandro Cattaruzza, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", en Cattaruzza (dir), *Nueva Historia Argentina. Tomo VII*, especialmente, pp. 434-442; Jorge Nállim, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955*, Buenos

Aristocracia y oligarquía. Consideraciones sobre la elite social argentina

Junto a las necesidades y a los condicionamientos derivados de su actuación política, hay una segunda dimensión a considerar para entender las razones por las que Alvear hizo propia la configuración de la política argentina como una confrontación entre nación y oligarquía. La misma se deriva de una mirada personal sobre la historia política nacional, y del papel o de la función que le atribuyó en ella al grupo social al que Alvear pertenecía, y con el que nunca dejó de identificarse, la elite social argentina integrada por las familias tradicionales.³³

A su juicio, la tarea política a concluir, el trabajo pendiente o recurrentemente obstaculizado, era la definitiva consolidación de la república liberal y democrática que había establecido la Constitución de 1853 (la “República verdadera” de la célebre fórmula de Juan Bautista Alberdi). La afirmación de ese diseño institucional y político erradicaría los eventuales excesos democráticos así como la corrupción o la venalidad de los elencos políticos. Fue esta perdurable perspectiva (sin desdeñar, por supuesto, las motivaciones derivadas de las vicisitudes de la política) la que permite entender decisiones y acciones a primera vista contradictorias, y que por cierto le acarrearón reveses políticos y sinsabores personales. Así fue en el caso de su aval al derrocamiento de Yrigoyen, en base a la consideración de que la “revolución” de 1930 se había impuesto como mal necesario para expulsar el mal gobierno y habilitar la regeneración política del país (posicionamiento que, como se vio en el apartado anterior, Alvear procuró dejar en el olvido cuando se convirtió en opositor a la Concordancia y en heredero de Yrigoyen en la conducción de la UCR).

Aires, Gedisa, 2014, pp. 79-100; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013; Ricardo Martínez Mazzola, “Socialismo y populismo, los comienzos de una relación conflictiva. La mirada del socialismo argentino sobre la Unión Cívica Radical (1890-1930)”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, vol. 10, 2012, pp. 211-230; Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Andrés Bisso, *Acción argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

³³ Esta cualidad (tradicional) fue construida, y también atribuida, entre el ochenta y el Centenario, para definir a aquellas familias que tenían orígenes sociales anteriores al tercer cuarto del siglo XIX. Cfr. Leandro Losada, *La alta sociedad de la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 319-340.

Al definir su oposición a Yrigoyen en la segunda mitad de los años veinte y en el año 1930; a Urriburu en 1931; y a Justo durante gran parte de la década del treinta, Alvear trazó sobre ellos un retrato similar, más allá de las diferencias ideológicas y de origen de sus respectivos gobiernos: eran diversos rostros de un mismo mal, la corrupción o el desvío de la república. Yrigoyen lo había sido con su personalismo y demagogia: "Cuando un gobernante olvida la Constitución y las leyes, cuando no se respetan las instituciones, ni las personas y sus investiduras y sus facultades no son suficiente garantía para sostenerse en el gobierno, quien siembra vientos recoge tempestades".³⁴ José Félix Urriburu se había inclinado por un "providencialismo autoritario", que, a pesar de sus diferencias, revelaba los mismos males que el yrigoyenismo: "el pobre país, que antes fue víctima de la incapacidad de un viejo resblandecido [sic] y de un círculo sin escrúpulos, y ahora de la ambición y del orgullo de los que al llegar al gobierno por un golpe de dados se creen indispensables y quieren ser salvadores de la Patria".³⁵ Finalmente, según se vio en el primer apartado, la presidencia de Agustín Justo, y su espacio político, la Concordancia, fueron una nueva experiencia de tergiversación del proyecto fundacional de país. A partir de entonces, había reinado la subversión política, moral e institucional "jamás igualadas en nuestra historia cívica, tan pródiga, sin embargo, en subversiones de todo orden"³⁶; había prevalecido "el fraude y la violencia, la simulación y la mentira, es decir, todo aquello que corrompe y denigra".³⁷

Según Alvear, debía haber un actor que tomara las riendas para erradicar todos estos problemas y finalmente instalar en la Argentina la república liberal y democrática diseñada por la Constitución. En el campo político, por supuesto, era la UCR. Pero, paralelamente, se pueden encontrar testimonios en los que Alvear consideraba que ese apuntalamiento necesitaba también de un elenco social propiamente dicho. Y éste coincidía con su grupo social de pertenencia.

Al respecto, Alvear refirió con frecuencia una noción ya arraigada en las identidades que la elite argentina se había dado a sí misma, al menos, desde finales del

³⁴ *Crítica*, 9 de junio de 1930. Nota reproducida en *Serie Archivo Alvear. Tomo 1*, p. 277.

³⁵ Marcelo T. de Alvear a Tomás Estrada, París, 16 de febrero de 1931, *ibidem*, pp. 225-226. Como se advierte aquí, lejos estaba Alvear de ponderar al "genio democrático" de Yrigoyen pocos meses después de su derrocamiento.

³⁶ "Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la H. Convención Nacional de la UCR, en la Capital Federal el 14 de abril de 1937", en Marcelo T. de Alvear, *Acción democrática...*, op. cit., p. 7.

³⁷ "Discurso pronunciado en el puerto de la Capital, a su regreso de Europa, el 13 de diciembre de 1936", en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 218.

siglo XIX: la de aristocracia republicana. Esta noción remitía a una aristocracia *sui generis*, sin pretensiones genealógicas, cimentada en una sociedad de iguales. Pero, por otro, aludía a una función social derivada de las cualidades que la distinguían: obrar por el bien común gracias a estar signada por la virtud. Es decir, era una noción bastante clásica de aristocracia, tanto en lo referido a quiénes debían gobernar (los mejores) como para qué debían hacerlo (para el conjunto de la sociedad, no para sus propios intereses), la cual, por cierto, estuvo bastante extendida en el pensamiento político occidental del siglo XIX (retomando a la vez una larga tradición).³⁸ Por ello mismo, esa concepción estaba a su vez algo alejada de las connotaciones finiseculares, o de la *belle époque*, que aludían a lo aristocrático para describir un estilo de vida suntuario o refinado. En lugar de distinguirse por cualidades provenientes del mundo privado o por sus fundamentos materiales, la aristocracia era tal por su rol público. La condición patricia, la procedencia de una familia protagónica en la historia nacional, delimitaba el elenco que debía integrar esa aristocracia republicana, pues esa condición era credencial de virtud, y, de hecho, una manera de restringir su eventual composición en una sociedad efervescente e igualitaria.³⁹ Alvear se vio a sí mismo de esta manera, e incluso edificó su figura pública a partir de semejantes coordenadas. Paralelamente, juzgó a su círculo social en función de si había o no honrado este papel histórico.

El primer punto se advierte, por ejemplo, en algunas iniciativas que resultan sugestivas, pues fueron contemporáneas al regreso a la competencia electoral en 1935. En 1936, Alvear publicó un volumen titulado *Democracia*. El libro reunió intervenciones y discursos de las décadas del veinte y del treinta, procurando mostrar una coherencia y una actitud a tono con los principios de la UCR, por entonces interpeladas. El mismo estuvo prologado por una “exégesis sobre la personalidad y la política del Dr. Marcelo T. de Alvear” a cargo de Manuel Carlés, en la que se condensa el retrato de un Alvear patricio como indudable garantía de probidad política y moral. La semblanza de Carlés sintetizaba un conjunto de tópicos que el propio Alvear utilizó reiteradas veces, como lo muestran los discursos reunidos en ese libro. Esta identidad no remitía a concebirse un “dueño” de la patria, sino una persona que, por provenir de una familia cuya historia se superponía con la del país, tenía una obligación hacia la cosa

³⁸ Cfr. William Doyle, *Aristocracy: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2010.

³⁹ Leandro Losada, “Aristocracia y patriciado. Los usos del pasado y las identidades de la clase alta argentina en el Centenario de la Revolución de Mayo”, *Mesa Redonda*, núm. 28, Eichstätt-Ingolstadt, Zilas, 2014, pp. 47-69.

pública, así como atributos inaccesibles a quienes no poseían semejantes antecedentes, virtud.⁴⁰

En segundo lugar, Alvear tuvo ácidas observaciones sobre su medio social a lo largo de la década de 1930. A inicios de 1931 escribió: “Más que un raciocinio, fue una convicción y un sentimiento los que me llevaron siempre a creer en la democracia y a estar más cerca de la masa que de la élite social a la cual pertenecía”.⁴¹ Más adelante, y a pesar de los cambios de coyuntura (o quizás a raíz de ellos), ya en 1938, la perplejidad y el desencanto se expresaron de manera más notoria:

Veo a los hombres de apellidos más destacados; veo a los miembros de nuestras instituciones intelectuales más elevadas; veo a los componentes de los círculos aristocráticos por excelencia, apresurarse en tropel alrededor de los mandatarios, sin preguntar de dónde vienen ni adónde van, tratando sólo de averiguar qué pueden dar.⁴²

Los miembros del patriciado, en lugar de nutrir una aristocracia republicana, se sumaban a los elencos de la oligarquía.

Es necesario subrayar que había motivos personales y experiencias concretas para estas cáusticas opiniones. Por ello mismo, su alcance no debe exagerarse. Sería incauto concluir de lo anterior que Alvear genuinamente se haya alejado de la élite y se haya acercado a la “masa”. Pero, al mismo tiempo, esa perdurable identificación con la élite es la que posiblemente motivó que su decepción frente a ella, o al menos su sorpresa ante las acciones y comportamientos de algunos de sus integrantes, se formulara con dureza, y no sólo públicamente, sino también en su correspondencia privada. El último testimonio, por ejemplo, está situado en una circunstancia sensible para Alvear: meses después de su derrota en las elecciones presidenciales de 1937, un revés que horadó su liderazgo partidario y su figura pública.⁴³

⁴⁰ Manuel Carlés, “Exégesis sobre la personalidad y la política del Dr. Marcelo T. de Alvear”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 11. Cabe preguntarse por la conveniencia de que este retrato reivindicatorio estuviera firmado por quien era un referente insoslayable de la Liga Patriótica Argentina. Carlés tenía una estrecha relación con Alvear. Junto a Alfredo Palacios y Luis Roque Gondra, había sido uno de sus abogados defensores cuando solicitó un *habeas corpus* al ser detenido por primera vez por el gobierno de Justo, entre diciembre de 1932 y abril de 1933, en la isla Martín García.

⁴¹ Marcelo T. de Alvear a Enrique García Velloso, París, 10 de febrero de 1931, *Serie Archivo Alvear. Tomo 1*, p. 222.

⁴² Marcelo T. de Alvear a Rómulo S. Naón, Buenos Aires, 8 de junio de 1938, *Serie Archivo Alvear. Tomo 5*, p. 69.

⁴³ Aunque no es el eje de este trabajo, cabe agregar que la identificación de Alvear con la élite quizás perduró por, y eventualmente también se haya sostenido en, capitales sociales y simbólicos más que materiales. Es una razón, por otro lado, a tener en cuenta para comprender algunos de sus juicios más

En una perspectiva más amplia, hay que destacar que la política produjo desencuentros entre Alvear y su medio social e incluso la fractura de relaciones personales. Ya en los años veinte, la división entre personalismo y antipersonalismo, acentuada después del derrocamiento de Yrigoyen por la decisión de Alvear de reunificar el partido incluyendo al personalismo, lo alejó de amigos de juventud como Leopoldo Melo o Vicente Gallo. Las rivalidades internas a la UCR hicieron de Honorio Pueyrredón, que contaba con una prosapia familiar parecida, un adversario reiterado. Y el enfrentamiento con Uriburu o con Justo, quienes, vale recordar, lo deportaron o encarcelaron, implicó una confrontación con personajes a los que lo unían lazos afectivos: José Félix Uriburu había sido compañero del Colegio Nacional de Buenos Aires y Agustín Justo había estrechado su relación con Alvear durante sus años como ministro.⁴⁴ El alcance de estos desencuentros no debe subestimarse. Con relación a Uriburu, parece haber contemplado la posibilidad de retarlo a duelo cuando ambos coincidieron en París en los meses iniciales de 1932, algo finalmente desestimado por la precaria salud del ex presidente de facto, que falleció meses después.⁴⁵ Respecto a Justo, la indignación y el sentimiento de traición experimentado luego de la derrota de 1937, nítidas en su correspondencia privada, fueron el corolario de una relación zigzagueante:

Siempre creí, hasta el gobierno del General Justo, que la Presidencia de la República, cualesquiera que hubieran sido los medios puestos en juego para obtenerla, una vez en su ejercicio, tenía la virtud de inculcar en los mandatarios un deseo de superación y una sensibilidad patriótica más agudizada [...] el General Justo no ha sido capaz de sentir, ni como soldado ni como ciudadano, los deberes que imponía ese gran honor.⁴⁶

desdeñosos. Alvear culminó sus días en una situación, cuanto menos, de moderada holgura económica. Según consta en su sucesión, realizados los descuentos impositivos pertinentes, su legado en 1942 (falleció el 23 de marzo de ese año), fue de \$ 275.833,21. Para ponderar esta suma, considérese que el contribuyente más rico de la Argentina en 1942 pagó ese año por el impuesto a los réditos casi el doble del patrimonio entero de Alvear: \$ 497.000. *Testamentaria Marcelo Torcuato de Alvear*, Folio núm. 20.486, Archivo Tribunales de la Nación, p. 126, 185, 190, 192, 193, 219. El dato sobre el impuesto a los réditos, en José Antonio Sánchez Román, *Los argentinos y los impuestos. Lazos frágiles entre sociedad y fisco en el siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 104. Cfr. las observaciones de Félix Luna sobre este tema, Félix Luna, *Alvear*, op. cit., nota 6, p. 47.

⁴⁴ Fernando Devoto, "El ocaso del General", en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo 2. La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 325-347; Luciano de Privitello, *Agustín P. Justo: Las Armas en la Política*, Buenos Aires, FCE, 1997, pp. 36-37.

⁴⁵ Cfr. José María Espigares Moreno, *Lo que me dijo el Gral. Uriburu*, Buenos Aires, 1933, pp. 91-96; Pedro Fernández Lalanne, *Los Alvear*, Buenos Aires, Emecé, 1980, pp. 466-467.

⁴⁶ Marcelo T. de Alvear a Rómulo S. Naón, Buenos Aires, 8 de junio de 1938, *Serie Archivo Alvear. Tomo 5*, p. 69. Es posible que las circunstancias pudieran haber acercado a Alvear y a Justo a inicios de la década de 1940, cuando el mapa político argentino se reconfiguró bajo los efectos de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, esa eventual posibilidad se vio frustrada por la muerte de ambos, en 1942 y 1943 respectivamente. Cfr. Juan Carlos Torre, "La crisis argentina de principios de los años cuarenta y sus

Como se ha visto en el apartado anterior, Alvear llegó a volcar sobre Justo consideraciones más duras que sobre el propio Uriburu. Es tentador especular, según se ha dicho, que la rivalidad que lo enfrentaba con el primero hacia mediados de la década de 1930, y la muerte del segundo, hayan incidido en semejantes juicios. A lo que vale agregar una identificación social quizás más estrecha entre Alvear y Uriburu que con relación a Justo, quien en tiempos del golpe de estado de 1930, por ejemplo, era calificado de "advenedizo" en los círculos uriburistas.⁴⁷

En paralelo al círculo de sus relaciones personales, Alvear también se encontró en veredas opuestas a los ámbitos de sociabilidad más emblemáticos de la elite en determinados momentos de los años treinta. Por ejemplo, se ha señalado que el Jockey Club o el Círculo de Armas fueron espacio de reunión de los conspiradores de 1930, así como un mundo social compartido por uriburistas y conservadores, lo cual, junto al pasado sáenzpeñista de varios de los protagonistas del tronco uriburista, hace menos sorprendente de lo que podría pensarse por aspectos políticos o ideológicos el giro conservador del uriburismo ocurrido a fines de 1930 e inicios de 1931.⁴⁸ Estos señalamientos encuentran respaldo empírico en la correspondencia de Alvear. El Círculo de Armas era retratado como "el Club de los Genuflexos, y no está mal puesto porque cuando va el General [Uriburu] o algunos ministros, le forman la corte y se desesperan a ver cuál adula mejor. Ud. ya sabe lo que son la gente [sic] con los que pueden dispensar favores".⁴⁹ Esa genuflexión, merece subrayarse, era el rasgo que Alvear destacaba años más tarde, en su correspondencia de 1938 vista líneas arriba. Asimismo, parece haber habido operaciones en su contra apuntadas desde esos mismos clubes. En el verano de 1930-1931, cuando ya estaba planeando su regreso a la Argentina para ponerse al frente de la reorganización del radicalismo, recibió correspondencia que le alertaba que había "una intensísima campaña en el Círculo y en el Club, para que sus amigos le escribamos anunciándole que no debe venir. ¡Miserables!".⁵⁰ En este contexto, resulta llamativo que Alvear, un participante activo y

alternativas. El peronismo y los otros", en Juan Carlos Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 135-145; Fernando Devoto, "Para una reflexión en torno al golpe del 4 de junio de 1943", en *Estudios sociales*, vol. 46, núm. 1, 2014, pp. 171-186.

⁴⁷ Cfr. Anónimo, s/f, AGN, S. VII, *Fondo José F. Uriburu*, leg. 2602; Fernando Devoto, "El ocaso del general"..., op. cit.

⁴⁸ Cfr. Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo...*, op. cit., pp. 270-278.

⁴⁹ Publio Massini a Marcelo T. de Alvear, Buenos Aires, 24 de diciembre de 1930, *Serie Archivo Alvear. Tomo 1*, p. 160.

⁵⁰ Enrique García Velloso a Marcelo T. de Alvear, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1930, *ibidem*, p. 155.

frecuente en las comisiones directivas del Jockey Club entre 1890 y 1916, no haya integrado el cuerpo directivo de este ámbito social durante las décadas de 1920 y 1930 (sí siguió siendo socio hasta su muerte).⁵¹

Teniendo todo esto en cuenta, no parece casual que al edificar su figura pública haya procurado evitar que la condición patricia remitiera directamente a una condición de clase, definida como estaba por virtudes personales antes que por situaciones materiales o cosa parecida. Indica cierta percepción de la inconveniencia de filiarse con una elite social cuya reputación en la Argentina de los años treinta se socavó por razones económicas y políticas, y que, en un sentido más concreto, se vinculaba con ámbitos de sociabilidad que, al menos en la coyuntura de 1930-1931, se habían referenciado con los adversarios del radicalismo.⁵²

Parece imprudente suponer que todas estas experiencias personales no hayan dejado huellas. En todo caso, es menos importante pensar qué motivó las opiniones o los balances arriba reproducidos, que subrayar lo que develan. Por un lado, muestran un grupo social fracturado a causa de la política, cuyos miembros tenían distintas filiaciones partidarias o ideológicas, que podían atenuar o erosionar las afinidades basadas en otros rasgos compartidos, como el origen familiar, las sociabilidades o el status económico. Este panorama, por cierto, fue magnificado por la ampliación del juego político ocurrida después de 1912, mas no inaugurado por ella en sentido estricto.⁵³

En segundo lugar, permiten advertir un balance de fracaso íntimo, que no sólo parece relacionarse con la suerte que signó a la carrera pública del propio Alvear. A fines de los treinta, en su opinión, emergía una incómoda verdad: el artífice del descalabro político argentino, o al menos el testigo pasivo del mismo, era el grupo que debería haber conducido y consolidado el país. Quienes se sumaban al estado de cosas instalado después de 1930, aun proviniendo de familias antiguas o tradicionales, de "los círculos aristocráticos", no eran, por definición, parte de una elite patricia. Pues ésta,

⁵¹ Desde ya, pudo haber motivos personales, no políticos, detrás de este hecho. Además, cabe agregar que hubo parientes suyos en las comisiones directivas. Es el caso de Federico de Alvear, destacado *turfman*, hijo de su primo Carlos María de Alvear y Fernández. Cfr. Jorge Newton y Lilly Sosa de Newton, *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones La Nación, 1966, pp. 293-356.

⁵² Cfr. Leandro Losada, "Las elites y los 'males' de la Argentina. Juicios e interpretaciones en tres momentos del siglo XX", en *Desarrollo económico*, vol. 54, núm. 214, 2015, pp. 387-409.

⁵³ Leandro Losada, "La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)", *Entrepasados. Revista de Historia*, núm. 31, 2007, pp. 81-96.

como se dijo, no remitía sólo a un origen social o a una situación patrimonial, sino a una responsabilidad política. Si en 1930 había “regresado” una clase social al poder, Alvear no se sentía parte de ella o consideraba pares a sus miembros. Y ello, entonces, no sólo por las eventuales diferencias sociológicas entre los elencos “concordancistas” y las familias tradicionales, sino por su consideración de que lo que hacía a una elite que se preciara de tal era su compromiso público.

Alvear, por lo tanto, concluyó con amargura que el patriciado había fallado en su misión histórica. Trazó una mirada crítica de su círculo social, derivada de una personal concepción sobre lo que éste debía ser, compuesta de nociones políticas y morales. El planteo de que una oligarquía gobernaba el país parece haberse alimentado de estas percepciones. La integraba, sí, un grupo político venal, aquel que fustigó desde sus campañas electorales, conducido por el General Justo. Pero, al mismo tiempo, se contaba entre sus filas un conjunto de familias que no habían estado a la altura de sus obligaciones. La oligarquía era una fusión de elencos políticos y sociales cuya característica distintiva era la corrupción y la incapacidad o el desinterés por honrar el lugar que ocupaban en la sociedad.

Conclusiones

En las páginas anteriores se ha mostrado que Alvear, como presidente de la UCR, referente opositor y candidato presidencial a lo largo de la década de 1930, apeló a un tópico extendido en ese entonces, así como propio de las tradiciones de su partido: los dilemas de la Argentina encontraban su clave fundamental en una confrontación entre la nación y la oligarquía.

Las connotaciones singulares de este tópico en Alvear se derivaron de variadas circunstancias: necesidades políticas, especialmente vinculadas a los desafíos que afrontó como líder del radicalismo; miradas o consideraciones igualmente subjetivas sobre la política y la historia argentina; experiencias no sólo públicas, sino también provenientes de su medio social y de sus relaciones personales. Teniendo esto en consideración, cabe presentar someramente, para concluir, un par de aspectos que se infieren de la exploración aquí ensayada: qué diferencias hubo entre las consideraciones de Alvear y otras similares, contemporáneas; y qué problemas o visiones de la política

argentina se develan por debajo de su particular interpretación del conflicto entre la nación y la oligarquía.

Con relación al primer punto, la oligarquía, para Alvear, y a semejanza de otras variantes de ese entonces, era antinacional. Ahora bien, no lo era por ser representante del imperialismo o, demás está decir, del liberalismo. La oligarquía era antinacional por desconocer el fundamento de la sociedad política argentina, la Constitución. El problema central de la Argentina no era ideológico ni económico, sino político⁵⁴. En relación con esto, no era en sentido estricto una clase social, por ejemplo los grandes terratenientes pampeanos. La matriz de la noción de oligarquía de Alvear era bien clásica: una minoría que gobernaba al margen de la ley y a favor de sus propios intereses. En este sentido, dado que su perspectiva subrayaba un enfoque político, se pueden establecer algunos paralelismos con la que plantearan los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta en esos mismos años, para quienes la oligarquía era también, más que una clase social, un elenco político, a la que se distinguía, además, de una genuina aristocracia patricia⁵⁵. La diferencia sustancial, por supuesto, era que para estos últimos los males de la oligarquía consistían en ser la responsable de la implementación del liberalismo, mientras que para Alvear la oligarquía era culpable de distorsionar, tergiversar o suspender el proyecto de país de la “Argentina liberal”.⁵⁶

En segundo lugar, las apreciaciones de Alvear develan una mirada elitista de la política. La oligarquía había sido posible por el fracaso o las debilidades del patriciado para constituir una genuina aristocracia republicana. La convicción de que la “República verdadera” llegaría gracias a la conducción y el liderazgo de una elite virtuosa, su elitismo, en suma, motivó que trazara opiniones por cierto bastante ácidas de su propio medio social. Alvear nunca rompió del todo con el mundo de la alta sociedad

⁵⁴ Ver Alejandro Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear...*, op. cit., pp. 72-73.

⁵⁵ Rodolfo y Julio Irazusta, *La Argentina y el Imperialismo británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933*, Buenos Aires, Tor, 1934, pp. 99-157. Cfr. Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 221-237; Alejandro Cattaruzza, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la Historia...*, op. cit., pp. 143-182.

⁵⁶ En el texto de los Irazusta el apellido Alvear aparece entre los que componen el “patriciado argentino”, y el gobierno del propio Marcelo de Alvear, si, justamente, no había enmendado “la organización dada al país por el liberalismo”, era en cierta medida reconocido (al igual que el del mismo Yrigoyen) por haber llevado adelante ciertas “rectificaciones”: este último en política exterior (por la neutralidad en la Primera Guerra Mundial –de hecho, motivo de uno de los primeros cortocircuitos entre Alvear e Yrigoyen-), y en materia de presupuesto y equipamiento militar en el caso de Alvear. Cabe señalar que ya avanzada la década de 1930, en 1939, Julio Irazusta ofició como anfitrión de Alvear en una campaña electoral en Entre Ríos. Cfr. Rodolfo y Julio Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico...*, op. cit., pp. 135, 154-156; *Serie Archivo Alvear. Tomo 5*, pp. 168-170.

tradicional. Pero, a través de la política, vivió desencuentros y confrontaciones que inspiraron, en conjugación con las necesidades impuestas por su carrera pública, retratos bastante poco elogiosos de ese mismo universo. Quizás allí radica otra de las diferencias con las semblanzas anti oligárquicas contemporáneas: la de estar firmadas o formuladas por alguien que decididamente no era un *outsider* de aquello que criticaba.

La forma en que Alvear planteó la confrontación entre oligarquía y nación permite inferir, por otro lado, cuál era el problema fundamental que, a sus ojos, atravesaba a la Argentina. Según se ha dicho, éste era la consolidación de la “República verdadera”, la conclusión del proyecto fundacional. En sus intervenciones públicas a lo largo de la década del treinta éste es un estribillo que se repite, a pesar de las iniciativas que también acometió para renovar la estructura y los ejes de la UCR (por ejemplo, con la plataforma delineada para las elecciones de 1937), o su interés y simpatía por experiencias contemporáneas, del georgismo al *New Deal*, incluyendo el partido radical francés. Su antifascismo, por ejemplo, fue enfático frente al escenario internacional, aunque siempre estuvo algo tamizado por su igualmente dura condena del comunismo. De todos modos, ante el escenario nacional, al menos hasta la licencia del presidente Roberto Ortiz a mediados de 1940 (o incluso un poco después, hasta el fracaso de su intento de acercamiento con el entonces ministro de economía Federico Pinedo en el verano de 1940-1941 –prácticamente el punto final de la vida pública de Alvear–), la lucha central a acometer, a su parecer, era republicana más que antifascista (o anticomunista). Estos eran peligros que sólo arraigarían en el país si se perpetuaba la degradación institucional propiciada por la Concordancia.

En los años de Justo, este espacio político representaba una restauración oligárquica precisamente porque reeditaba una corrupción de las instituciones políticas nacionales inspirada o basada en tradiciones también específicamente locales (las “oligárquicas”, anteriores a 1916) antes que por constituir una versión autóctona de las tendencias europeas contemporáneas. Su peligro, y su naturaleza oligárquica, descansaban en que era una “reacción conservadora”.⁵⁷ Ya en la segunda mitad de la década de 1930, aquellas figuras cercanas al oficialismo que eran rotuladas como

⁵⁷ Cfr. por ejemplo, “Discurso en Simoca” (1939); “Proclamación en Colón” (1939); “Proclamación en Concordia” (1939), todos en Marcelo T. de Alvear, *¡Argentinos!...*, op. cit., respectivamente: p. 19; pp. 81-82; p. 85. Vale apuntar que este acento puede encontrarse en otros protagonistas de la época. Por ejemplo, Nicolás Repetto, *Mi paso por la política (De Uriburu a Perón)*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957.

simpatizantes del fascismo desde otros espacios de la oposición o desde las mismas filas radicales, por ejemplo el gobernador bonaerense Manuel Fresco, eran, para Alvear, más que eventuales “fascistas criollos”, farsantes e impostores: “Desde las filas del pueblo dice una voz: es fascista. Y yo digo: no es nada. Porque el fascismo es una concepción política que yo considero funesta para mi país, pero que tiene un contenido y una ideología, mientras que el fascismo del gobernador no es más que una postura accidental para poder violar las leyes y atropellar la ciudadanía”⁵⁸. De igual manera, en instancias sensibles, como uno de los actos que pretendieron allanar la formación de un Frente Popular en 1936, afirmó que: “La Argentina no está amenazada ni por el comunismo ni por el fascismo, que son política y socialmente minorías sin significación”.⁵⁹

Desde este punto de vista, es sugerente apuntar que la forma en la que Alvear encuadró el conflicto entre la nación y la oligarquía, promovido por las tradiciones políticas de su partido, por las circunstancias concretas de las alianzas y rivalidades de la hora, así como por una fuerte identificación con el proyecto fundacional de país en la que probablemente incidieron no sólo razones o convicciones públicas sino otras más íntimas (honrar y continuar la tarea de hacer la patria que sus antepasados habían llevado adelante), revela cierto desajuste con su tiempo.

De por sí, su apoyo inicial al golpe de estado de 1930, aunque rápidamente abandonado y más allá de cómo en él hayan influido sus tensiones con Yrigoyen por entonces, fue enunciado desde coordenadas más propias del siglo XIX que de las que había traído consigo el sufragio secreto, obligatorio y universal como regla fundamental de la legitimidad y de la legalidad políticas a partir de 1912 (es cierto que dicha

⁵⁸ “Proclamación en La Plata. Agosto 30 de 1937”, *Acción democrática*, op. cit., p. 415. Sobre el conservadurismo bonaerense, María Dolores Béjar, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

⁵⁹ “Discurso pronunciado en el mitin del Frente Popular, al pie de la estatua de Roque Sáenz Peña, el 22 de agosto de 1936”, en Marcelo T. de Alvear, *Democracia...*, op. cit., p. 213. Nuevamente, debe ponerse en contexto este tipo de declaraciones, pues en parte derivaban de la configuración política y de la coyuntura local en ese momento. En este caso puntual, 1936-1937, hay que considerar el apoyo del comunismo a su candidatura presidencial, la persistente rivalidad entre la UCR y el socialismo (el espacio político en el que la consigna antifascista tuvo singular importancia), la adhesión al frentismo en la oposición interna del partido, así como, por otro lado, la apuesta de Alvear a un entendimiento con Justo para las elecciones de 1937 (finalmente frustrada), que lo llevó a moderar, en lo posible, los rótulos críticos al gobierno en un momento en que los grupos antiliberales parecían ganar predicamento en su interior, para incomodidad del presidente. Ver Tulio Halperin Donghi, *La República imposible...*, op. cit., pp. 174-222; Ana Virginia Persello, *El partido radical...*, op. cit., pp. 195-205; Ana Virginia Persello, *Historia del radicalismo...*, op. cit., pp. 106-131; Sebastián Giménez, “La juventud radical y la opción por los Frentes Populares (1935-1936)”, *VII Jornadas de Sociología*, Universidad Nacional de La Plata, 2012. Sobre las tratativas con Justo en 1936-1937, *Serie Archivo Alvear. Tomo 4*.

interpretación no fue exclusiva de Alvear, pero ello no la hace menos notoria). Incluso luego de la relectura de lo ocurrido en 1930 y de la revalidación de Yrigoyen (que no parecen haber sido completamente persuasivas para una franja considerable de los simpatizantes de la UCR), según Alvear, en última instancia, la agenda pública de 1940 era prácticamente la misma que la de décadas anteriores. Enfocado en lo que entendió como las persistencias de los problemas políticos argentinos, desatendió las novedades. Ni la dependencia económica, ni el movimiento obrero, ni el fascismo (en el país), por mencionar algunos temas que ganaron preponderancia a lo largo de los años treinta, aparecen centralmente en sus discursos y en su acción política, como objetivos a atender o adversarios a combatir.⁶⁰

Debe contemplarse, además, que la misma caracterización de la escena política de la década del treinta como un enfrentamiento entre nación y oligarquía lo llevó a revalidar, con el objetivo de disminuir a los adversarios del presente, a los contrincantes del radicalismo en otras épocas, fuera de manera más o menos explícita. La adaptación de un lenguaje y de un vocabulario familiar a la UCR implicó desplazamientos que pudieron fundamentar las opiniones que alentaron otras decisiones de Alvear: el cuestionamiento de su genuino "radicalismo".

Algo similar podría decirse sobre el elitismo que sesgó su mirada política. Por un lado, como se ha argumentado, ese mismo elitismo inspiró juicios críticos de las elites. Se han señalado, a su vez, los recaudos al momento de presentarse como un patricio o un aristócrata abnegado por lo público, posiblemente orientados a que no se confundiera esa condición con una extracción social que podía emparentarlo a la oligarquía que a menudo fustigó. Su elitismo fue más paternalista que autoritario. Pero, de todos modos, es legítimo preguntarse sobre la eventual eficacia de esas sutiles distinciones simbólicas frente al gran público o al electorado, así como sobre el rédito político que podía deparar presentarse de esa manera frente a la sociedad argentina de la década del treinta, considerando además el modelo que Yrigoyen había legado (Alvear no lo podía replicar pero tampoco condenar, al menos abiertamente, al sucederlo en la conducción partidaria). En palabras de algunos que lo conocieron: "Entre Alvear y el

⁶⁰ Cfr. los discursos y notas periodísticas reunidos en *Acción democrática y Argentinos!*, op. cit.

pueblo, siempre faltó un eslabón para que la comunidad pudiese ser perfecta, y toda la trama se resentía de esa ausencia".⁶¹

Finalmente, y en paralelo a todo esto, los sombríos puntos de vista que Alvear trazó hacia el final de su vida, a pesar de los desajustes que puedan revelar, o que incluso hayan provocado con la sociedad de su tiempo, lo llevaron a la conclusión de que un momento de la historia argentina había llegado a su fin. El fracaso de la aristocracia, su complicidad con, o su conversión en oligarquía, conducía a que las soluciones para el país sólo pudieran provenir de otros actores y grupos sociales. Tales juicios autorizan a pensar que la percepción de extrañamiento frente a la Argentina de sus últimos años no es solamente el fruto de la mirada retrospectiva del historiador. En la ya citada carta de 1938 a Rómulo Naón, afirmaba de manera resignada antes que reactiva: "no creo que las reacciones saludables para el país, para su moralidad, para la probidad de sus mandatarios, para la vida auténtica institucional y política, puedan venir sino de otras generaciones o de otras clases sociales".⁶²

El pesimismo deparado por la política sólo habilitaba como compensación el optimismo por la sociedad. Como fuere, había llegado el relevamiento de las elites tradicionales y su reemplazo por los frutos de la sociedad inmigratoria que aquellas habían diseñado. Alvear ofrece así consideraciones sugestivas para pensar algunas claves (políticas) que pudieron estar detrás de la declinación de las familias tradicionales en la composición de las elites argentinas a lo largo de las primeras cuatro décadas del siglo XX. En un plano más específico, es un símbolo de una Argentina que culminó a inicios de los años cuarenta, y, más aún, un testimonio, singular desde ya pero también especialmente explícito, de la autopercepción de ese final por quienes lo vivieron.

⁶¹ Manuel Goldstraj, *Años y errores...*, op. cit., p. 46. El autor fue secretario privado de Alvear.

⁶² Marcelo T. de Alvear a Rómulo S. Naón, Buenos Aires, 8 de junio de 1938, *Serie Archivo Alvear. Tomo 5*, p. 69.

Oligarquía, aristocracia y nación. La Argentina de los años treinta según Marcelo T. de Alvear

Resumen

El artículo estudia las consideraciones de Marcelo T. de Alvear sobre la Argentina de la década de 1930. Para ello, el análisis se concentra en un tópico al que apeló con frecuencia: el país estaba atravesado por el conflicto entre una oligarquía y la nación. Este diagnóstico no fue original de Alvear, sino característico del período. Por ello, el artículo plantea las razones y los significados singulares que tuvo en Alvear. Se destacan al respecto dos factores. El primero, es que Alvear acudió a esta noción, familiar a las tradiciones políticas de la Unión Cívica Radical (UCR), para legitimar su desempeño como presidente de este partido político en la década de 1930. En segundo lugar, se argumenta que la noción de oligarquía se derivó de una particular evaluación del grupo social al que Alvear pertenecía, la elite social argentina. En las conclusiones se argumenta, a partir de la exploración anterior, cuáles eran los problemas fundamentales de la Argentina de su tiempo para este dirigente político y qué relación pudo existir entre este diagnóstico y el rumbo de su carrera pública.

Palabras clave: Historia política- UCR- Elites- Marcelo T. de Alvear- década de 1930

Oligarchy, Aristocracy and Nation. The Argentina of the 1930's according to Marcelo T. de Alvear

Abstract

The article examines the views of Marcelo T. de Alvear about Argentina in the 1930s. For this, the analysis focuses on a topic to which Alvear appealed frequently: the country was characterized by a conflict between an oligarchy and the nation. This diagnosis was not original from Alvear, but characteristic of the period. Therefore, the article discusses the singular reasons and particular meanings that it had in Alvear. In that sense, the article highlights two factors. The first one, is that Alvear appealed to that topic, which was familiar to the political traditions of the Unión Cívica Radical (UCR), to legitimate his action as the president of this political party in the 1930's. In second place, the article argues that the notion of "oligarchy", was a result of a particular evaluation of the social group to which Alvear belonged: the Argentine social elite. In the conclusions, the article proposes, as from the former exploration, what were the fundamental problems of Argentina at his time according to Alvear, and what relationship could exist between this diagnosis and the paths of his public career.

Keywords: Political History - UCR - Elites - Marcelo T. de Alvear - 1930's